

# Romney y las primarias norteamericanas. Una nueva posición para el centro derecha

José María Marco

Profesor de Literatura Española e Historia de las Ideas Políticas en la UPCo.  
E-mail: josemariamarco14@gmail.com

Recibido: 6 junio 2012  
Aceptado: 12 junio 2012

RESUMEN: En este breve ensayo se presentan algunas de las singularidades del sistema electoral de los Estados Unidos: la importancia y el significado de las llamadas elecciones primarias. En nuestro caso, se analiza el triunfo del candidato republicano Mitt Romney y se dibuja su posible programa, desde las nuevas posiciones de una renovada centro derecha, frente al que defenderá en las elecciones de noviembre el actual presidente Barack Obama.

PALABRAS CLAVE: Estados Unidos, primarias, Romney, centro derecha, derechos humanos.

## *Romney and the Northamerican primaries. A new position for the centre right*

ABSTRACT: Some of the singularities of the electoral system of the United States are presented in this essay: the importance and the meaning of the so-called primary elections. In our case, we analyze the triumph of the republican candidate Mitt Romney and we outline his possible program, from the new position of a renewed centre right, in contrast to the one that the actual president Barack Obama will defend on the November elections.

KEYWORDS: United States, primaries, Romney, centre right, human rights.

Tras haber ganado las elecciones primarias para la nominación como candidato por el Partido Republicano, lo lógico es que Mitt Romney gire hacia el centro. Es lo que se espera de un candidato después de esta primera etapa de las elecciones presidenciales. Como es sabido, las «primarias» son

un proceso electoral de duración variable gracias al cual los partidos, en nuestro caso el Partido Republicano, acaban eligiendo al que será su candidato a las elecciones presidenciales propiamente dichas. A su vez, éstas requerirán una campaña específica, previa al día de la votación celebrada

siempre el primer martes de noviembre de los años pares, cada cuatro años.

### **Las elecciones primarias en Estados Unidos**

Como también es sabido, los partidos políticos norteamericanos son organizaciones menos consistentes y estructuradas que los partidos europeos. Aunque son algo más que una pura burocracia y juegan un papel relevante en cuanto al apoyo logístico y financiero, el sistema electoral de las primarias les impide escoger los candidatos. A las primarias puede presentarse cualquier persona con ganas de ponerse al servicio de una idea del bien público. A lo largo del proceso, se van decantando un programa y una propuesta que acabarán encarnados en el candidato que el partido proponga, ahora sí, después de la convención correspondiente.

Este proceso se dirige sobre todo a las «bases» del partido. En general, participan en él los votantes registrados como republicanos. Saldrá candidato quien mejor haya sabido encontrar un punto en común entre todas las tendencias, las ambiciones y los intereses que conforman la opinión identificada con el republicanismo. El apoyo

de las «bases» depende de la capacidad de los candidatos para movilizarlas. El mensaje y las actitudes de los candidatos durante las primarias no son idénticos a los que se impondrán durante la campaña presidencial propiamente dicha, cuando uno solo de entre ellos se dirija al conjunto del electorado. En el primer caso se trata de elaborar una plataforma partidista y una coalición social que apoye la alternativa republicana a la Casa Blanca. En las presidenciales, se trata de atraer votos que no son partidistas. Esta segunda coalición es de ámbito nacional. Aunque el votante norteamericano está acostumbrado a olvidar algunas de las cosas que los candidatos han dicho en las primarias, como en los países europeos no se tiene demasiado en cuenta lo que se dice en los mítines de los partidos, uno de los grandes problemas de una campaña presidencial es cómo articular las primarias con la segunda fase. En el largo camino hacia el centro que impone la democracia norteamericana, los errores en este punto se pagan caros.

En los últimos cuarenta años, el mejor ejemplo de las dificultades a las que se enfrenta una campaña presidencial lo han venido dando los demócratas. En varias ocasiones, de las primarias demócratas

salieron candidatos idóneos para el electorado del partido, pero sin posibilidad de obtener un respaldo más amplio. Los republicanos, en cambio, han tenido más éxito. Nixon dejó atrás las aristas de Goldwater, Reagan se presentó como un líder unificador, George W. Bush presentaba en el año 2000 un perfil alejado de cualquier doctrinarismo.

Mitt Romney, el candidato que ha obtenido el mayor número de delegados en las primarias republicanas de este año, se inscribe en esta tradición. Es la que permitió al Partido Republicano dominar la política norteamericana entre 1968 y 2006. Los militantes y simpatizantes republicanos han demostrado que conocen la historia de su país, el funcionamiento de su democracia y los requisitos que ha de cumplir un candidato. Si quiere tener alguna posibilidad de victoria, debe ser capaz de crear coaliciones lo más amplias posible. Los republicanos han elegido al único candidato que tiene alguna posibilidad de derrotar a Obama.

### Las primarias republicanas de 2012

Desde esta perspectiva, Mitt Romney no se enfrentaba a una tarea fácil. Y no porque no fuera

un candidato presidenciable. Ocurría más bien que lo es excesivamente. Hijo de un político relevante, con una familia tradicional ejemplar, empresario de éxito, con una demostrada experiencia en la gestión (en particular cuando salvó del desastre los Juegos Olímpicos de Salt Lake City en 2002), y gobernador republicano en uno de los Estados más identificados con el Partido Demócrata, como es el muy aristocrático Massachusetts... Resulta difícil imaginar a alguien que encaje mejor con el perfil del perfecto candidato a la Presidencia de Estados Unidos<sup>1</sup>.

Sin embargo, ese ha sido el primer problema al que se ha tenido que enfrentar. El Partido Republicano llegó en malas condiciones a las elecciones presidenciales de 2008. Las elecciones de medio mandato que se habían celebrado en 2006 dejaron ver las rupturas que se habían producido en el republicanismo, el grado de animadversión que reinaba en sus filas y las dificultades para recomponer la unidad del movimiento. Todo era objeto de disputa: la política exterior y de seguridad, la política social,

---

<sup>1</sup> Un retrato y un análisis del personaje y el proyecto de Romney, en «Towards the Coronation», *The Economist*, 14-01-2012, <http://www.economist.com/node/21542744>.

la escuela, la inmigración, el papel respectivo de los Estados y el del Gobierno federal. El Partido Republicano parecía condenado a una larga travesía del desierto hasta que apareció, en los primeros meses de 2009, el Tea Party. Fue un movimiento espontáneo, que se alineó bajo una marca nacional inmediatamente reconocible para todos los norteamericanos, el Motín del Té de Massachusetts, en 1773.

El Tea Party logró convocar a nuevos candidatos, muchos de ellos recién llegados a la vida política. Renovaron el personal del Partido Republicano en un momento en el que éste parecía enfrascado en sus problemas internos. Los integrantes del Tea Party tuvieron el acierto de concentrar las propuestas del movimiento –y, por tanto, de la campaña electoral– en aspectos casi puramente económicos. El Tea Party dejó de lado las cuestiones que en Europa llamamos «sociales» y que en Estados Unidos se denominan «culturales». Habló poco de modelos familiares, de religión o del papel de Estados Unidos en el mundo. Se concentró, en cambio, en la defensa y la promoción de una política económica basada en la libertad y el gobierno limitado. Esa fue la clave de la oposición al nuevo presidente Barack Obama, que por su parte venía

preconizando y poniendo en práctica una política económica y social expansionista, con la resurrección del keynesianismo para salir de la crisis y nuevos programas estatales de bienestar, como la reforma del sistema de salud, que evocaban las políticas socialdemócratas vigentes en los países europeos.

Esta combinación de caras nuevas y concentración en lo económico proporcionó al Tea Party excelentes resultados en las elecciones de medio mandato de 2010. La Cámara de representantes volvió a manos republicanas. En una situación similar, en 1994, el presidente Bill Clinton optó por una actitud pragmática y negociadora con la oposición. Salió adelante e incluso logró que los republicanos aparecieran ante la opinión pública como un grupo de intransigentes radicales. Así volvió a ganar las elecciones para un segundo mandato, en 2006.

La actitud del presidente Obama ha sido distinta. Ha tenido que negociar, como es natural, pero no ha cedido en su posición ideológica. En realidad, y en contra de lo que a veces se mantuvo cuando se celebraron las elecciones presidenciales de 2008, Barack Obama no ha sido nunca un presidente ajeno a lo ideológico. En aquella campaña apeló a un espíritu y a

un voto partidista y escorado a la izquierda. Frente a Hillary Clinton, que representaba la continuidad con la actitud de su marido y, a través de la figura de éste, con la del Partido Demócrata anterior a las derivas ideológicas de los años setenta, Obama reanudaba con las actitudes propias de esos años. También esperaba, probablemente, que esta actitud llevara a los republicanos a radicalizarse aún más, como ya había ocurrido durante la campaña de 2008, cuando John McCain escogió como candidata a la vicepresidencia a una de las estrellas del Tea Party, la muy idiosincrática –e inelegible– Sarah Palin.

Así arrancaron las primarias republicanas en febrero de 2012. Un hecho dejaba prever, por lo menos en parte, el resultado final. No hubo ningún intento serio de presentar una alternativa al Partido Republicano, como ocurrió en 2002. Estas operaciones, suicidas para el republicanismo, quedaron descartadas desde el principio.

Entre los candidatos más cercanos al *establishment* republicano, fueron cayendo Rick Perry, gobernador de Texas, y Chris Christie, gobernador de New Jersey. Los dos representaban alguna forma de apelación al centro. Rick Perry, por haber colaborado previamente con la campaña de Al Gore, y Christie, por ha-

ber demostrado su pragmatismo al sacar adelante un programa reformista como gobernador de uno de los Estados más moderados de la Unión. La caída del primero, un firme defensor de la autonomía de los Estados frente al gobierno central (que es uno de los grandes temas de esta campaña), tuvo lugar al haber demostrado Perry escaso criterio en algunas de sus declaraciones públicas. La retirada de Chris Christie se debió probablemente a que sabía que aspiraba a representar la misma sensibilidad y el mismo electorado que Romney. John Huntsman, el más centrista de estos candidatos, embajador en China, no contrario al matrimonio entre personas del mismo sexo, fue derrotado pronto, como era de esperar en vista de la naturaleza de la campaña.

En el campo más próximo a las posiciones que se habían venido decantando desde la campaña de 2008, destacaron tres candidatos: Michele Bachmann, Newt Gingrich y Rick Santorum. Michele Bachmann, una candidata con posiciones bien definidas, quedó como la última representante de las numerosas mujeres que el Tea Party elevó a la primera fila de la política. Newt Gingrich, por su parte, satisfacía un deseo personal que venía de 1994, de cuando encabezó en el Congreso la «revo-

lución conservadora» (más propiamente dicho, «de derechas»). Gingrich tenía poco que ver con los movimientos que habían renovado el Partido Republicano desde 2010, pero los había precedido y venía a reclamar su veteranía. Todo un *think tank* por sí solo, Gingrich quería volver a poner en práctica algunas de las ideas que desde entonces había ido elaborando. También intentó un movimiento estratégico, como es recuperar para el republicanismo el electorado hispano. Sin embargo, Gingrich no superó su condición de «ideólogo» y su campaña no logró romper el limitado círculo de los republicanos clásicos y los convencidos de antemano.

Sí que lo hizo, en cambio, una figura sorprendente, Rick Santorum. Santorum llegó al Congreso en 1991, a pesar de lo cual ha logrado convertirse en el candidato *antiestablishment* por excelencia. Lo consiguió al poner el acento en aquello que el Tea Party en 2008 y Mitt Romney luego se han abstenido de tratar, como son los asuntos «culturales» o «sociales». Antiabortista sin matices, defensor del matrimonio tradicional entre un hombre y una mujer, persona religiosa y que no duda en sacar consecuencias políticas de su confesión... Santorum, en otras cir-

cunstancias, habría sido un personaje político condenado a lo puramente testimonial.

No fue así. La causa, probablemente, reside en que Santorum presentaba una alternativa total a la política y, más aún, al significado mismo de la presidencia de Obama. En lo social, frente al elitismo propio de un Obama que se dirige a los profesionales y a los universitarios, Santorum ha querido dar voz a los empleados sin cualificar, en particular los blancos, abandonados por la economía del conocimiento y por la globalización. Culturalmente, Santorum apela a un consenso de fondo cristiano como cimiento eterno de Estados Unidos. En otros tiempos, tal vez se podría haber dicho que la posición de Santorum era contrarrevolucionaria. En los nuestros, Santorum representaba la voluntad de restaurar una unidad de virtudes y principios perdida a lo largo de los años sesenta y pulverizada desde la década siguiente. Su militancia de origen religioso –se ha dicho de él que es un *católico evangélico*– proporcionó a su posición su dimensión definitiva<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> DAVID GIBSON, «Is Rick Santorum a Catholic or an Evangelical? Yes», *Huffington Post*, 11-01-21012. [http://www.huffingtonpost.com/2012/01/11/rick-santorum-catholic-evangelical\\_n\\_1200219.html](http://www.huffingtonpost.com/2012/01/11/rick-santorum-catholic-evangelical_n_1200219.html).

Con él, Estados Unidos recuperaba su misión «original», la de la «ciudad en la montaña» que tanto gustaba de citar –aunque no en este mismo sentido– Ronald Reagan.

Como era previsible, Santorum acabó cediendo ante Romney, el único candidato presidenciable. En el camino, también quedó Ron Paul, representante de la ortodoxia libertaria (o liberal, en términos europeos) del republicanismo. Los dos reconocieron la victoria de su adversario. A partir de aquí, el problema que se le plantea a Romney es clásico: cómo forjar una coalición para ganar la Presidencia sin perder los votos que sus rivales en las primarias lograron movilizar. Sin embargo, y como es natural, este esquema clásico presenta en las elecciones de este año aspectos específicos que conviene tener en cuenta. El primero es la situación creada por la presidencia de Barack Obama. El otro es el propio Romney.

### **Un nuevo modelo para los republicanos**

En cuanto a lo primero, conviene recordar, como ya se ha dicho, que Obama no es un puro candidato de centro. En 2008 logró reunir a su alrededor una coalición que su-

peraba con mucho cualquier planteamiento estrechamente ideológico, pero sus apoyos reposaban sobre un núcleo de electores de izquierdas para los que Obama representa dos grandes aspiraciones. Por una parte, la consagración en Estados Unidos de un modelo parecido al socialdemócrata europeo. Es un modelo social que va más allá del *New Deal* rooseveltiano que dominó la política norteamericana entre 1940 y 1970 y que, salvo en la retórica del consenso, no ha sido nunca puesto en duda por los republicanos. Obama ha querido hacer de Estados Unidos un país «normal», lejos del excepcionalismo preconizado durante estas décadas de dominio republicano o liberal-conservador. En este proyecto, resultaba clave la puesta en marcha de un Estado socialdemócrata. Obama, sin embargo, no ha tenido el éxito que seguramente esperaba. Su programa de seguro universal, a la europea, ha quedado reducido a una ley que obliga a asegurarse a quienes ahora no tienen seguro alguno.

El fracaso del proyecto socialdemócrata queda compensado con la estrategia clave de estas elecciones, que es el nuevo papel de las minorías y las políticas de identidad. El primer presidente afroamericano de la historia de Esta-

dos Unidos podía haber cerrado de una vez por todas las heridas producidas por la esclavitud y la segregación en la sociedad norteamericana. Ese era uno de sus puntos fuertes, la clave de la dimensión mesiánica del personaje. No ha sido así y Obama eligió otro camino: crear la América de las minorías. A la invocación de los derechos humanos universales, se superpone la invocación de los derechos de las minorías, destinados a conservar la identidad de unas comunidades culturales, sociales y políticas por encima de los individuos y las personas. El origen de esta gran propuesta política data de finales de los años sesenta, cuando el Partido Demócrata hizo suya la política y la retórica de los Derechos Civiles y empezó a aplicarla como una plantilla a los diversos grupos que componen la sociedad norteamericana: mujeres, homosexuales, jóvenes, hispanos, nativos y todo el conjunto de «minorías» étnicas o culturales.

Hasta ahora, la estrategia ha sido muy gravosa para el Partido Demócrata. El electorado lo ha percibido como el defensor de intereses particulares, no de los intereses generales. Sin embargo, Obama, apoyado en una demografía que ha hecho de la población blanca, por vez primera vez,

una minoría más (aunque sea la más numerosa), puede cambiar la situación<sup>3</sup>. La coalición que aspira a crear es un conjunto de grupos minoritarios constituidos en identidades. Además, la América –multicultural y postcristiana– de las minorías se postula como ejemplo para el mundo entero. De hecho, es sólo gracias a la consecución de los derechos que le corresponden en tanto que minoría como cualquiera de sus miembros (y todos lo somos en alguna dimensión de nuestra vida) alcanza el grado de humanidad que hasta ahí le estaba negado. Por eso una cuestión aparentemente secundaria, como el *derecho* al matrimonio entre personas del mismo sexo, se ha convertido en una cuestión estratégica<sup>4</sup>.

La acción política encaminada a reunir todos estos grupos se caracteriza por una palabra casi mágica en el vocabulario político contemporáneo: la empatía. La empatía es la capacidad para ponerse en el lugar del otro. En vez de negociar

---

<sup>3</sup> Ver, p. e., WILLIAM H. FREY, *Why Minorities Will Decide the 2012 U.S. Election*, The Brookings Institution, 05-2012. <http://www.brookings.edu/research/opinions/2012/05/01-race-elections-frey>.

<sup>4</sup> Además de ser clave para el voto de los jóvenes, que dan por sentado ese derecho.

para encontrar un punto donde los intereses particulares puedan encontrar satisfacción en el bien común, la empatía nos lleva a comprender intuitivamente lo que los demás necesitan y darle satisfacción. La empatía permite cubrir la distancia (propriadamente infinita) que separa a las múltiples identidades que conforman el nuevo mundo multicultural. Requiere un ejercicio de ascesis y mejoramiento moral, pero al mismo tiempo se muestra intransigente con quienes preconizan otra idea, más clásica, de la construcción del bien común. La empatía crea la nueva ciudadanía, pero esta ciudadanía tiene poco que ver con el ciudadano consciente, sujeto de derechos humanos universales, que se deducía de la polis clásica o de la comunidad política nacional tal como la hemos comprendido hasta ahora<sup>5</sup>. La empatía lleva como reverso inevitable la politización general de todo el espacio público. En la nueva América de Obama, y en el nuevo mundo que preconiza, todo es política.

Se entiende así el apoyo que ha recibido Rick Santorum. Santorum, con todos sus exabruptos y sus excentricidades, representaba

la alternativa total al proyecto de Obama, el llamamiento a restaurar unos Estados Unidos basados en un consenso de raíz cristiana. Presta su voz a una parte de la gran coalición que sostuvo al republicanismo desde los años sesenta: los trabajadores blancos no cualificados, las mujeres casadas, las madres de familia. En Estados Unidos, como en el resto de los países desarrollados, los partidos socialdemócratas o los que aspiran a serlo representan sobre todo a aquellos que tienen trabajo. Santorum era el candidato de los *outsiders*.

Claro que las elecciones norteamericanas no se ganan ahí y Romney, como encarnación de una posición de centro, resulta actualmente el mejor candidato republicano posible. Así lo demuestran las elecciones celebradas en Texas, un bastión del republicanismo que se ha volcado con un candidato aparentemente muy alejado de los estereotipos del conservadurismo sureño. Ahora bien, este centrismo plantea problemas. El caso del debate sobre la reforma del sistema sanitario es ejemplar. Romney puso en marcha en Massachussets un programa muy similar al que por fin ha resultado del «Obama-Care». En un punto crucial para la estrategia de diferenciación política, Romney no presenta elemen-

---

<sup>5</sup> Ver CLIFFORD ORWIN, «¿Qué haría Obama si fuera profesor de empatía?», en *Cuadernos de Pensamiento Político* n.º 51, enero-marzo 2011.

tos propios, o si los presenta dividen al campo republicano.

Además, Romney no recoge todo el voto de esa parte de la sociedad norteamericana que se siente excluida del proyecto de Obama y, más aún, que siente el proyecto de Obama como una suerte de agresión. Desde esta perspectiva, Romney tendrá que esforzarse por integrar elementos sociales y culturales capaces de contrarrestar el discurso y la estrategia del presidente Obama. Una de las claves está en la situación económica. La política expansionista y neokeynesiana del actual presidente ha paliado la crisis, pero no ha repuesto a Estados Unidos en la senda de un crecimiento suficiente.

De ahí la importancia crucial del debate ideológico y de las estrategias que se deducen de éste. En cuanto a los argumentos, Romney –o su sucesor– tendrá que retomar y renovar la defensa de la ciudadanía clásica, la reivindicación de la América de los fundadores, o la promoción de la identidad de la comunidad nacional, más allá de las identidades minoritarias. El patriotismo, la religión, la ciudadanía son algunos de los grandes elementos que se ofrecen a los republicanos para recrear una estrategia que permita contrarrestar la extensión de los

derechos civiles como forma de crear y consolidar minorías sociales y culturales.

En cuanto a los grupos sociales a los que habrá de dirigirse, sin duda habrá de ir más allá de los varones blancos sin cualificar y las mujeres blancas casadas. Uno es el de los católicos, a los que la política de Obama ha planteado algunos desafíos difíciles. Los católicos son el grupo centrista por antonomasia en la política norteamericana, y Romney, el primer candidato mormón a la Presidencia de Estados Unidos, puede encontrar en ellos un interlocutor a la hora de volver a plantear una forma nueva de consenso social incluyente. Otro grupo social relevante a este efecto es el de los hispanos. Más allá de la demografía, la cultura hispana ha solucionado de forma distinta a como lo ha hecho la norteamericana, de raíz anglosajona y protestante, la cuestión del pluralismo y la integración. Los hispanos dan muestras al mismo tiempo de mayor flexibilidad y de menor ideologización a la hora de compatibilizar la diversidad con la pertenencia a grandes comunidades políticas. El modelo, en este caso, está alejado del de la minoría negra o afroamericana, donde la política de la identidad es compatible con posiciones ideológicas y vitales conservadoras. Probable-

---

## Romney y las primarias norteamericanas

mente, se trata de una herencia española. Será fascinante ver cómo formas de vida nacidas en nuestro país y recreadas en América ayudan a articular posiciones nuevas ante el pluralismo básico de las sociedades actuales.

Por ahora, Romney no ha entrado del todo en un debate erizado de dificultades políticas, morales, conceptuales e incluso lingüísticas. En algún momento, sin em-

bargo, tendrá que enfrentarse a esta tarea. El debate por venir, además, no afecta sólo a la política y a la sociedad norteamericana, sino al nuevo paisaje político y cultural de Occidente. En este sentido, las primarias norteamericanas de este año han empezado a sentar las bases de lo que tendrá que ser una renovación en profundidad de muchos grandes postulados políticos y culturales de los que hemos vivido hasta ahora. ■